

COLMENA MARINA

Avispa de mar, te vi y parecías un fantasma. Se dibujaba en tu transparencia un rostro mal formado. Claro que todo esto fue un sueño, sin embargo no fue cualquiera. Recién había llegado a la casa de los tíos, cerca del mar. Allí me enviaba mi madre cada vez que entraba en crisis, como si aquello fuera un manicomio. Y ya no me importaba alejarme del barrio, de las cosas bonitas, ni de mi hijo Claudito, porque él era más suyo que mío. En cambio tu mundo reventaba en el mío con insistencia mientras llovía. A eso de las cuatro, cuando escampó y el cielo dejó ver trazas de luz, el primo me dijo vengase, ya va a ver qué jodido se pone el mar después de los aguaceros. Aunque el miedo me cayó encima fui sin remedio invadida por una curiosidad adictiva. Las olas ya no eran grandes, tampoco el viento que casi había desaparecido por completo. Pero luego de pasar las olas, tu mundo se abrió en un inmenso cielo de luz celeste. Fue la primera vez que pensé en la muerte, no como algo ajeno, si no como algo muy mío. «Láncese, no piense tanto», me dijo el primo. Sin

más subí al borde de la lancha y me lancé, entrando vertical con las manos y los pies formando un junco. Mientras me hundía pensaba en que si abría los ojos no saldría más. Pero los abrí, cuando el impulso empezaba a ceder los abrí, y todo aquello, la inmensidad y tú, avispa de mar, flotando solitaria.

Te soñé, claro. Te soñé con la lluvia afuera y el mar reventando. Tu rostro mal formado, tu transparencia y esos largos tentáculos delgados como hilos me hicieron, de pronto, dar un salto exagerado. Eres un sueño avispa de mar, tan solo eso, un sueño incisivo en mi mente, y sin embargo aquí, lejos, bien lejos, quisiera poder entrar en tu mundo, sin peligros, y verme rodeada de tu colmena marina, de tu enjambre de medusas.